

ginas y se lee, nada más con dos onzas de amor a las letras que atesore el lector, con el interés de una buena novela. Ya lo dije en las recensiones que hube de hacer y lo hago en esta recensión póstuma en que desde luego, no puedo encerrar toda la obra de Romero Mendoza, entre otras razones porque buena parte de ella me es desconocida, por haber salido a la luz cuando yo todavía no vivía en Extremadura. Y esta mención trae a mi memoria un tributo más de gratitud con el finado. Pues cuando, poco después de concluída la guerra, yo hube de reanudar mi vocación literaria y humanística en un ambiente muy distinto al mío natal, las primeras puertas de hospitalidad y afecto que se me abrieron en Cáceres fueron las del llorado Tomás Martín Gil y la de Pedro Romero Mendoza, ya hoy desaparecidos y también la de Dionisio Acedo Iglesias, que mil años viva.

Nuestro autor, contra lo que podría esperarse de sus reparos críticos y lingüísticos y de su carga de erudición, que suele ir acompañada de un estilo pesado y pomposo, era, como escritor, todo lo contrario, sencillo, fácil, asequible y ameno.

Sus trabajos de imaginación (hace poco se publicaron algunos de ellos en un tomo bajo el título de «*El Chupao* y otros cuentos»), eran aguafuertes llenos de vigor y de realismo, y sus versos, de tipo clasicista, completaban la silueta del literato perfecto.

En uno de sus poemas últimamente publicados en la revista *ALCÁNTARA* después de una serie de vivaces alegorías, el poeta terminaba, ante una última figura aparecida, con estas palabras:

«Dos golpes secos en mi puerta dieron

.....
—si eres la Muerte, pasa....»

Ahora, esos golpes presentidos llegaron a ser realidad. Y el escritor ha dejado pasar a la Intrusa con la misma serenidad que describió en su poema. A los que quedamos y fuimos sus amigos y compañeros de letras, nos resta cultivar su recuerdo, admirar su capacidad de trabajo e imitar su caballerosidad.

RECUERDOS

¿Te acuerdas?

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
(Conde de Canilleros)



El 11 de julio de este año 1969, me reuní en el salón del Ayuntamiento cacereño con el Alcalde y un grupo de escritores y periodistas, para la presentación de mi libro *Cáceres*, publicado por la Editorial Everest. Allí estuve con Pedro Romero Mendoza, sin poder sospechar que en aquellos momentos concluía una amistad de toda la vida, porque ya no íbamos a volver a vernos. Poco después, el día 29, era víctima de un desgraciado accidente de coche, a consecuencia del cual murió el 10 de Agosto.

Como siempre que nos juntábamos, Pedro y yo estuvimos comentando cosas del Cáceres de nuestros tiempos de infancia y juventud, durante el rato de espera en un despacho cercano al salón. Hablamos, concretamente, de cuando en la noche del Patrón San Jorge, el 23 de Abril de 1926, inauguró el Gran Teatro la Compañía de Luis Vila, representando la comedia *El condado de Mairena* ante un total lleno de público. Fue un suceso resonante, porque se realizaba la ilusión cacereña de tener un teatro, asunto del que se había empezado a hablar en 1884.

Pedro hizo este comentario en nuestra charla:

—En 1926 Cáceres había crecido, y tú y yo lo habíamos visto crecer; pero aun era el Cáceres de antes, tan distinto del de hoy. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo—le contesté—. Hacía entonces veinte años que tú y yo teníamos amistad.

—¿Cómo?—indagó—. En ese detalle no caigo ahora.

—Voy a recordártelo—agregué, dispuesto a proseguir—. ¿Te acuerdas...?

En aquel momento nos avisaron que pasáramos al salón, porque iba a empezar el acto. La charla quedó interrumpida para siempre...

¿Para siempre? ¡No! En estos *Recuerdos* míos, en los que tú, Pedro, tienes más derecho a figurar que nadie, voy a seguir hablando contigo

de esos veinte años. Otros se ocuparán de lo que vale y significa el nombre de Pedro Romero Mendoza; de abarcar todas tus dimensiones; de recoger los trazos de tu figura intelectual y literaria . . .

Tú, Pedro, ven conmigo, que, aunque me ahoga el dolor, quiero seguir hablándote de esos veinte años lejanos:

Estamos en el Cáceres de 1906. ¿Te acuerdas?

La ciudad —prócer, pequeña, cordial y provinciana— termina en San Antón, con el Paseo de Cánovas entre campos de cebada y cercas de ganado. Por las calles ruedan los coches de mulas, con la novedad sensacional de dos automóviles, traídos por Manolo Montenegro y los hermanos Pepe y Fernando Becerra . . .

En la Imprenta de Jiménez, en el Portal Llano, tienen su tertulia los conservadores; en la redacción del diario *El Noticiero*, en la calle de Pintores, los liberales . . .

En la plazuela de San Juan actúa el Circo Feijoo; en la Plaza de Toros, las fieras de Mister Malleu, entre ellas el oso polar que lucha con los perros ofrecidos por los espectadores. Hay peleas de gallos; desfilan compañías dramáticas y líricas por los teatros *Variedades y Principal* . . .

El Papa declara el Patronato Canónico de la Virgen de la Montaña; se comenta el atentado del anarquista Mateo Morral, que arrojó una bomba en la madrileña Calle Mayor, al paso de la comitiva nupcial de los reyes don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia; se funda la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Cáceres, con un capital de 19.395 pesetas, dirigida por el joven letrado don León Leal y bajo la presidencia de mi anciano tío el Conde de Canilleros, hermano de mi bisabuela, quien, por cierto, jamás ahorró nada . . .

Sobre todas estas cosas, el Cáceres de 1906 tiene un gracioso juguete: el Batallón Infantil. La pequeña tropa desfila por las calles con sus músicos hospicianos y decora con su presencia los espectáculos, las procesiones y la dominical misa de once en Santa María. Un periódico, *El Adarve*, publica este comentario:

«El Batallón manda en la capital con gran complacencia de los de arriba, los de abajo y los del medio, porque a todos se nos van los ojos y el alma detrás de estos soldados tan majos, tan simpáticos, tan arrogantes.»

Tú y yo, Pedro, formábamos parte de aquella tropa. ¡Qué inocente y qué limpio era todo! ¿Te acuerdas?

Yo era el más chico de la infantil hueste. Me eligieron porque montaba una jaquilla enana, dándome el cargo de capitán médico militar. Mi madre había puesto reparos:

—Este niño es muy pequeño para andar solo por ahí.

Mi padre buscó una solución:

—Al muchacho de Pedro Romero, que tiene diez años, le encargaremos que cuide de él.

Don Pedro Romero de Tena era tu padre, íntimo amigo del mío y concurrente asiduo a las cacerías de nuestra finca *El Galindo*, entonces tan famoso coto, como hoy popular sitio de paseo.

En aquel Cáceres pequeño, en el que todos se conocían, yo no estaba aún en edad de conocer a nadie. El juego de soldaditos fue mi primera salida de casa. Y fuiste tú, Pedro, mi primer amigo y protector. ¿Te acuerdas?

Los años que me llevabas tenían entonces mucha importancia. Tú eras espigado y fuerte. Yo veía en ti un apoyo y un amparo. Mis padres descansaban, confiando en tu protectora vigilancia.

Tu cargo en la inocente tropa era el de capitán ayudante. En la Plana Mayor figuraban muchos con los que luego tendríamos amistad, unos que te precedieron en la partida y otros que continúan aquí: Juan y Joaquín Muñoz Casillas, Pedro Berjano, Arturo Aranguren, Pepe Castel, Juan Caldera, José Elías, Felipe Durán, Clemente y Joaquín Sánchez Torres, Juanito Pérez, Carlos Acedo, Luisón Álvarez, Pablo Floriano, Antonio Carrasco . . . ¿Te acuerdas?

Sí, Pedro: bajo tu protección pasé el periodo de infantil milicia, iniciándose con ello los veinte años que quiero evocar; esos en los que juntos crecimos y maduramos, viendo crecer lentamente a aquel Cáceres al que tú aludías en nuestra última charla, al preguntar:

¿Te acuerdas?

Desde 1907 hasta 1909, tú y yo, unidos ya con amistad inquebrantable, vimos los primeros «capuchones» en Semana Santa, el primer partido de «foot-ball», como entonces se decía, jugado en la plaza de Toros, la primera Fiesta del Arbol, celebrada en la carretera de la Montaña; en la que participamos, plantando cada uno de nosotros un arbolito; las primeras carrozas de carnaval, la primera batalla de serpentinas y las primeras cupletistas, en el cine de la plaza de la Concepción, espectáculo muy caro, pues la localidad valía quince céntimos.

Es curioso, Pedro: siendo entonces la gente mucho más moralizadora, a los niños nos llevaban a todos los espectáculos. Nosotros fuimos a ver las cupletistas y entramos desde la infancia en cines y teatros. Precisamente en 1910, el año del cometa Halley, vino por vez primera la compañía Montijano, que por mucho tiempo iba a ser tradicional en Cáceres. Y también aparecieron entonces el Circo Borza y el café Santa Catalina, otras dos cosas de hondo arraigo en nuestra pequeña ciudad.

Tenías tú ya, Pedro, alguna actividad literaria en 1911, y me hablabas de escritores locales, de Publio Hurtado, de Paco Belmonte, de tu tío Enrique Montánchez, de Federico Reaño, de Plata de Osma, de Luis Grande, de Narciso Maderal, del poeta Juan Luis Cordero, que ganó entonces flores naturales en Cuenca y Ronda...

La novedad de 1912 fue sensacional. ¿Te acuerdas? Vimos juntos el primer vuelo humano en Cáceres, del que un periódico hizo estos comentarios:

«El festejo de la feria ha sido la aviación... Tisier cumplió a maravillas su palabra... Cuatro veces remontó por el aire en su monoplano, parecido a un enorme «cigarrón»... Subió sobre las nubes y evolucionó a seiscientos y ochocientos metros de altura con la seguridad del águila, por encima de la ciudad, que cruzó a cien kilómetros por hora... En un vuelo sereno y rapidísimo volvió a tierra, entre la muchedumbre que le aclamaba llena de emoción y de asombro.»

Nosotros presenciábamos, asombrados también, aquella muestra del progreso humano.

Tú unías a las dotes literarias unas grandes aptitudes deportivas: Recuerdo que en 1913 se hacía este comentario sobre el naciente fútbol. «Los mejores jugadores que tenemos son Pedro Romero, Ignacio Giraud y Luis Pita.

Yo no iba a seguirte en ese camino. Años más tarde te seguiría, torpísimamente, en otro deporte, en el tenis. Conservo de entonces uno de los más gratos recuerdos de nuestra amistad y una de las más claras pruebas de tu cariño hacia mí:

Como yo era un jugador malísimo, nadie me quería por compañero, salvo tú, Pedro, que siendo un tenista magnífico estabas siempre dispuesto a cargar conmigo. Igual que en los tiempos del Batallón Infantil, volviste a ser mi amparo, porque la verdad es que yo tampoco quería jugar más que contigo, por ser el único que toleraba mi torpeza sin reñirme. Los otros se ponían furiosos al perder por mi culpa, sobre todo aquel ingeniero de tan mal genio que se apellidaba Grado. ¿Te acuerdas?

Me convencí pronto de que con mi poca agudeza visual nunca sería jugador de tenis, y olvidé para siempre la raqueta; pero jamás he olvidado aquella actitud tuya, tan cariñosa y tan sacrificada.

Antes de esto habíamos vivido los años de la guerra Europea, de 1914 a 1918, que aquí fueron completamente pacíficos. En el catorce y el quince hubo festivales en el *Principal*, el único teatro que íbamos a tener, porque derribaron el *Variedades*. Tú, Pedro, interviniste en aquellas representaciones teatrales que dirigía tu tío Antonio Mendoza, ac-

tor extraordinario, en las que destacaron sus dotes de actrices Concha James, Pilar Villegas, Herminia Díez y las hermanas Alvarez, unas de los doce hijos del notario don Gabriel, que fueron auténtica dinastía de artistas.

En 1916 vino la Infanta Isabel y estuvimos con ella en el baile de La Concordia; en 1918, el año de la paz, ganaste los campeonatos de tenis. Me acuerdo de la lista de triunfadores: Antoñita Ballel —hoy marquesa viuda de San Nicolás—, Joaquina Millán —hoy monja de clausura—, Pedro Romero Mendoza, Adolfo Fernández, Julián Alvarez y Miguel López Redondo.

En 1919 volvió la Infanta, para entregar la bandera al recién creado Regimiento de Segovia; en 1920 vino a regir la diócesis el futuro Cardenal Segura, de decisiva influencia en los ámbitos cacereños; en 1921 fue el desastre de Annual y la guerra marroquí...

Cáceres había cambiado mucho. ¿Te acuerdas? Seguimos paseando por Cánovas, tomando refrescos en los aguaduchos de la Plaza y en el café Santa Catalina, viendo la compañía Montijano en el *Principal* y las películas de serie en las barracas; pero los automóviles iban acabando con los coches de mulas y las localidades de los cines valían a setenta céntimos la preferencia y a veinte la general.

Tú también habías cambiado, Pedro, porque no eras ya una promesa literaria, sino un conferenciante, un escritor y un periodista de primer orden. En este último aspecto, incluso dirigirías después el diario *El Noticiero*.

En 1922 organizó el Obispo Segura el primer Congreso Eucarístico Diocesano; en 1923, el diario *Extremadura*, obra también del prelado, los primeros Juegos Florales, que se celebraron en la caseta que en el Rodeo instalaba el Casino de la Concordia. Fue reina Ramona Becerra y poeta premiado con la flor natural Lope Mateo Martínez.

Tú interviniste en la organización del festejo; pero, además, en ese año se reveló tu figura literaria, porque publicaste tu primera novela: *La humanidad murmura*.

Recuerdo siempre mi alegría y mi emoción al leer este tu primer libro. Andrés González-Blanco empezaba el prólogo, diciendo:

«Nuevo en las letras, bisoño en el ambiente literario de la Corte, pero ya adiestrado y curtido en las lides rudas y en el ajeteo violento del periodismo provinciano, que aguza el ingenio y agiliza el estilo en la vibrante polémica y en el encendido y enconado borboteo de las luchas políticas, llega ahora al estadio de la novelística el literato extremeño don Pedro Romero Mendoza, mozo henchido de bríos y de aspiraciones.»

Al año siguiente salió tu segunda novela: *Sombras*. Entonces, en 1924, tuvo lugar el gran acontecimiento de la coronación de la Virgen de la Montaña, celebrándose con este motivo los segundos Juegos Florales, en los que tú fuiste del jurado calificador.

En 1925 nació el Ateneo y a ti y a mí nos pusieron juntos en la sección de Letras.

Tu tercera novela, *Camino de servidumbre*, se publicó en 1926, la fecha que cierra esos veinte años lejanos que venimos recordando. Entonces fue inaugurada la estatua de Gabriel y Galán, y el Gran Teatro abrió sus puertas al público en la noche de aquel 23 de abril...

Como tú dijiste, Cáceres había crecido y nosotros lo habíamos visto crecer. Los trece mil habitantes de comienzos del siglo, rebasaban ahora los veinticinco mil. Ya no existían los coches de mulas. La gente empezaba a no conocerse. Sin embargo, la ciudad era aún la de antes, con sus perfiles tradicionales, su paz y su candor.

Todo esto pasó hasta 1926, rematando con ello los veinte años en los que abre marcha con sus marciales desfiles el Batallón Infantil; todo esto es lo que quería que recordáramos juntos, Pedro; lo que iba a iniciar cuando cortaron nuestra charla en el Ayuntamiento, la última vez, unos días antes de tu partida...

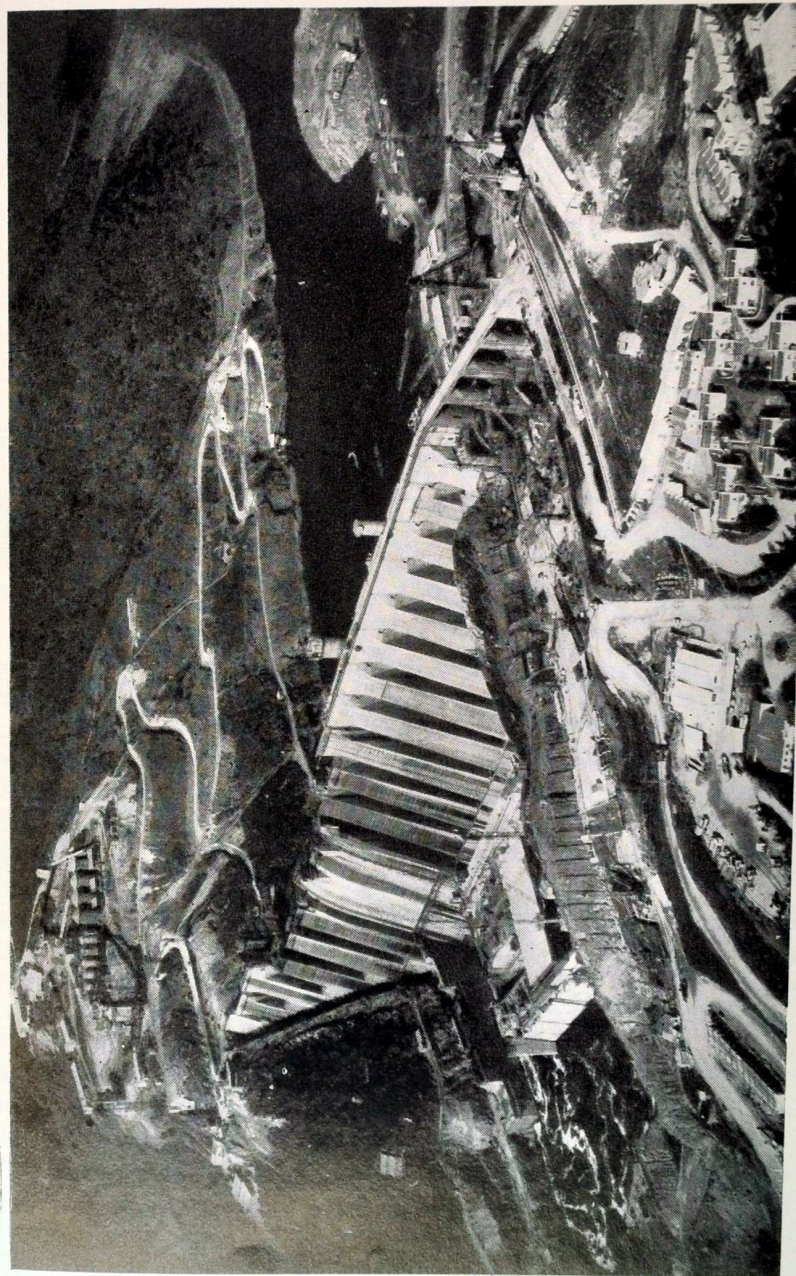
Aún queda mucho que hablar de aquellos veinte años. ¡Todo era tan distinto, tan sencillo y tan cordial! Luego pasaron cosas duras, y también cosas gratas, como tu boda con Eladia, bondadosa, exquisita, perfecta...

Después cuajó totalmente tu figura intelectual y literaria, tu auténtica valía; pero eso ya dije que lo dejo para que lo comenten otros. Tú y yo, Pedro, nos paramos en esos veinte años, diciéndonos, como Miguel Hernández:

«que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.»

Y hablaremos, cuando Dios vuelva a juntarnos. Entonces mi pena de hoy será otra vez alegría; entonces no hablaré yo solo, porque tú compartirás la charla y seremos los dos los que interrumpamos la evocación, preguntándonos una y mil veces:

—¿Te acuerdas?



ALBUM EXTREMEÑO.—Alcántara. Vista de la colosal presa, sobre el Tajo. (Foto Paisajes Españoles)